

El Aneto soy yo

Carlos ANSÓ DE MIGUEL

5.º curso de Educación Primaria. Centro de Educación Infantil y Primaria «Antonio Machado». C/ de Soria, s/n. E-09004 Burgos. España.

Soy una montaña gigantesca, vivo en los Pirineos, tengo una altura de 3.404 metros y tengo más de cien años.

La historia que voy a contar transcurrió cuando yo ya era muy viejo.

Le pregunté a la Luna:

–Señora Luna ¿por qué brilla usted tanto? –pregunté.

–Porque reflejo la luz del sol, querido Aneto, pero... ¿por qué quería saberlo?

–Ya sabe, en el planeta Tierra las montañas no se mueven, por eso preguntamos tanto las montañas.

–Ah, claro, ahora lo entiendo –dijo–. El caso es que ya es casi de día, me tengo que marchar.

–Claro, señora Luna, aquí la espero para la próxima noche.

La Luna se marchó rápidamente y la luz del Sol me dio en la cocorota, o sea, en la cima.

–Hola señor Sol, ¿qué tal?

–Genial –me dijo –, realmente genial.

–¿Por qué? –pregunté.

–Porque hoy me voy a reunir con la estrella polar, es muy guapa ¿verdad?

–Claro –contesté.

–El caso es que se está haciendo de noche, tengo que irme.

–Claro –le dije

–Hola, don Aneto.

–Hola, doña Luna

Y así todos los años, aburrido ¿verdad? Pues así nos sentimos las montañas.

Pero ocurrió un día una cosa muy especial. Todo empezó cuando a las siete de la mañana vi recorrer mis valles a un muchacho de estatura media, ojos negros y nariz picuda.

–Señor Monte Perdido –dije.

–¿Sí? –preguntó.

–Ese alpinista piensa escalar por ti.

–¿Y bien? –me preguntó.

–Bueno... –dije.

–¿Qué te pasa? –me preguntó –, ¿quieres que te escale a ti?

–Sí –dije.

–De acuerdo, por ser el más alto de los Pirineos, el segundo más alto de la península y el tercero más alto de España haré que este alpinista trepe por ti.

–Gracias.

Poco después pude ver cómo el alpinista subió un poco

por el Monte Perdido. Al instante varias rocas cayeron sobre él, que se soltó y cayó al suelo con un golpe seco. Las rocas cayeron a su alrededor.

–Vaya –dijo.

El alpinista se puso a pensar: «¿qué tal el Aneto? –pensó –. Sí, perfecto»

Y ya estaba el alpinista cruzando mis valles, mis laderas... subía un poco por mi falda y... ¿qué he hecho?! No me acordaba que yo tenía cuevas subterráneas a las que se entraba por pasadizos y la guerra civil española me dejó medio deforme. Todos o casi todos mis pasadizos tienen una entrada y una salida pero ¡tapadas por gruesas rocas! Seguro que el alpinista utilizaba las cinco botellas de nitroglicerina que le colgaban del cinturón para entrar en ellos.

Así fue. El alpinista observó unas rocas que tapaban la entrada de una gruta. Sacó un pequeño cuenco y abrió una botella de nitroglicerina. Llenó el cuenco y lo dejó justo debajo de un haz de luz. Se apartó a toda prisa y el calor hizo que explotara y destruyera las piedras dejando el camino ahora descubierto, al aire libre.

–¡AAAAYYYYYY!! –grité tras sentir que una parte de mi cuerpo moría –, ¡QUÉ DOLOR!

El alpinista no se percató y se metió en el pasadizo.

–Hola –sonó mi voz.

–¿Quién es? –preguntó el alpinista, asustado.

–Soy la montaña, y estoy hablando en el cuerpo de una de mis fieles ardillas.

El alpinista se giró y vio que era verdad. ¡Veía y escuchaba a una ardilla! En realidad, mi ardilla.

–¡No me hagas daño, por favor!

–No te preocupes, no quiero hacerte daño –le dije –, sólo te pido una cosa.

–¿El qué?

–Que escribas esta historia.

–¿Por qué?

–Porque sólo controlo a los animales que viven en mí, y ellos no tienen manos para escribir.

Y así esta historia se escribió por ese muchacho palabra por palabra.

Ordené a las ardillas, los conejos, los zorros, los petirrojos, que llevaran al alpinista a la cima. Vi que el alpinista parecía pasárselo bien. A él le pareció que dos ojos, o sea, los míos, le miraban, pero en realidad tenía más de dos ojos... ¡más de cien!, pues todos los ojos de los animales que había en mí eran mis ojos.